

# El árbol, el alcalde y la mediateca

Eric Rohmer. Francia. 1993. 110 min. Color. v.o.s.e.



## FICHA TÉCNICA

**Título original:** *L'arbre, le maire et la médiathèque.*

**Título español:** *El árbol, el alcalde y la mediateca.*

**Nacionalidad:** Francia. **Año de producción:** 1993.

**Dirección:** Eric Rohmer.

**Guión:** Eric Rohmer.

**Producción:** Compagnie Eric Rohmer (CER).

**Productor:** Françoise Etchegaray.

**Fotografía:** Diane Baratier.

**Montaje:** Mary Stephen.

**Música:** Sébastien Erms.

**Sonido:** Pascal Ribier.

**Intérpretes:** Pascal Greggory, Arielle Dombasle, Fabrice Luchini, Clémentine Amouroux, François-Marie Banier, Michel Jaouen, Jean Parvulesco, Galaxie Barbouth, Jessica Schwing, Raymonde Farau, Manuella Hesse.

**Duración:** 110 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

## SINOPSIS

El alcalde de un pequeño pueblo quiere construir un gran complejo deportivo-cultural en unos terrenos cercanos al pueblo. Cuando todo parece seguir su cauce normal, comienzan a surgir infinidad de pequeños problemas, presiones de uno y otro bando y cuestiones políticas que ponen en peligro el proyecto.

## COMENTARIO

Para la mirada del creyente, no hay nada profano. Cada murmullo, cada objeto, cada silencio, cada cuerpo, guarda en sí mismo un hálito de trascendencia. La fe, en buena medida, es la aventura semiótica de encontrar y traer a la luz ese soplo: de expresarlo. El milagro, por lo tanto, es una cuestión de distancia y de perspectiva. Si se está muy cerca, se corre el riesgo de quedar deslumbrados por él y ser incapaces de comunicarlo. Por el contrario, la lejanía disuelve el milagro en la multitud de acontecimientos de la historia. Éric Rohmer ha sabido mantener siempre la mirada en el punto justo a fin de que cada una de sus películas adquiera, en algún momento, el estatuto de revelación y logre expresarla a través de un diálogo, del movimiento de un personaje, o de una sombra sobre la pared. **El árbol, el alcalde y la mediateca** (*L'arbre, le maire et la médiathèque*, 1993) no es la excepción en esta persecución de epifanías.

Estructurada en siete episodios de desigual duración, edificada sobre largas conversaciones y rematada con un inaudito número musical *El árbol, el alcalde y la mediateca* ha sido considerada desde su estreno (pensemos en la reseña escrita por Antoine de Baecque para *Cahiers* <sup>1</sup>) como una de las películas más extrañas de Rohmer. Situada en medio de la producción de la serie de sus cuatro *Cuentos*, la película aparece como un ejercicio aislado y aparentemente inconexo del resto de sus largometrajes. Quiero proponer para este texto, sin embargo, que la extrañeza de **El árbol, el alcalde y la mediateca** está en la radicalidad de su propuesta: ser una película-sueño, una película que se pregunta una y otra vez sobre las posibilidades de sí misma; ser una película que plantea más que ninguna otra en el universo de Rohmer la duda sobre el futuro de los lugares y, con ello, deja expresada en la superficie la íntima preocupación por la ocurrencia del milagro: ¿podrá todavía hallar éste cabida entre la labilidad posmoderna y la urbanización planetaria de fines del siglo XX?

## La palabra y la revelación o el revés de la escolástica

En el cine de Rohmer las conversaciones desempeñan una función importante: son el resorte de la acción que emprenderán los personajes, ya sea en el espacio físico, o en sí mismos; y al mismo tiempo revelan su interioridad afectiva y psíquica. La fijación de Rohmer con las conversaciones es también una decisión de estilo: una manera en la que el director deja su sello: ya sea debido al enfoque de quien está hablando o de quien escucha, las palabras y las ideas, gracias a la cámara del director, adquieren un cuerpo y, más específicamente, un rostro. El dogma rohmeriano de que la cámara abre una ventana

Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios



en el universo para registrar la realidad cobra especial relevancia respecto a las palabras ya que éstas entran en acción y se vuelven perceptibles únicamente cuando son escuchadas por alguien más. Los personajes de Rohmer evitan los monólogos y los soliloquios y rara vez toman una decisión sin ponerla en diálogo previamente con otro personaje. No hay mudanzas anímicas posibles si no es gracias a las conversaciones cara a cara. Esta encarnación de la palabra en los rostros se convierte, pues, en uno de los postulados estético-teológicos y ontológicos del realismo de Rohmer: la palabra es verdadera y real en tanto provoca reacciones en los cuerpos y, sólo después de eso, puede transformar el espacio-tiempo donde los personajes se encuentran. La palabra, por lo tanto, es el sitio de la revelación: el lugar desde donde se comunica la experiencia de la gracia.

Pongamos como ejemplo, a fin de distinguir mejor la especificidad de *El árbol*, el célebre diálogo de Jean Louis (Trintignant) con Maud (Françoise Fabian) en *Mi noche con Maud* (*Ma nuit chez Maud*, 1969). En una habitación cerrada, alumbrada únicamente con la luz de las lámparas, Jean y Maud conversan sobre la moralidad en las relaciones de pareja y cómo la experiencia del pecado y la gracia va modelando las conciencias y los comportamientos humanos: eso que en Rohmer se formula también como “destino”. Entre los personajes de *Mi noche con Maud*, la intimidad del encuentro ocurre precisamente gracias a la conversación, el corazón del deseo se afina en la palabra antes que en la carne, no porque una valga más que la otra, sino porque la palabra se erige como puente que atraviesa almas, cuerpos y lugares, de ahí que la revelación (en tanto conocimiento que irrumpe inesperadamente la historia personal) sea muchas veces resultado de la suma de esos elementos.



Esta importancia teológica de la conversación —¡de la palabra hecha carne!—, puede ser interpretada como guiño y vuelta de tuerca de la teología escolástica. La *Summa* (h 1265-1274) de Tomás de Aquino es una serie de diálogos que pretenden guiar a quien lee al conocimiento de la verdad divina. En este libro, además, la conversación es registrada metódicamente por la palabra escrita. No hay lugar para la imaginación, ni mucho menos para la imagen. *El árbol, el alcalde y la mediateca*, en este sentido, bien puede verse como la puesta en escena de un ejercicio escolástico. Ante una suspensión prácticamente total de la acción, cada capítulo nos ancla una y otra vez al diálogo; sólo que la filmación de ese diálogo aporta un elemento nuevo: el espacio. En esta aparente obviedad conseguida gracias al uso de recursos propios del *cinema vérité* (especialmente la serie de entrevistas que la reportera realiza a los pobladores en locaciones reales) encontramos el resorte dramático de *El árbol*: el futuro de un espacio se decide hablando sobre ese espacio en ese espacio.

Si hay una historia, un conflicto, que interesa contar en *El árbol*, éste tiene que ver con la construcción de una mediateca en un pequeño poblado rural francés. Para edificar ese nuevo lugar, es necesario talar un sauce antiquísimo que está en medio del predio que se planea utilizar. Rohmer elige para encarnar este conflicto un cúmulo de personajes que más que vida propia, parecen ser vehículos de ideas: el alcalde socialista Julien (Pascal Greggory) es quien desea construir la mediateca porque está convencido de que el bienestar de las zonas rurales francesas depende del flujo poblacional que atraigan, y la cultura es el mejor anzuelo para atraer personas de la ciudad al campo. El profesor de primaria Marc (Fabrice Luchini) es el antagonista del alcalde y de la mediateca con el argumento de que se

deben preservar los espacios abiertos y verdes del pueblo en vez de remplazarlos con estructuras artificiales, independientemente de que sean “respetuosas” de su entorno. En medio de estos polos, está la reportera Blandine (Clémentine Amouroux), quien aparece como mediadora y se dedica a la búsqueda de la solución mejor. Al mismo tiempo estos tres personajes funguen como mapa del espectro político de la época: el socialista pragmático —el “nuevo político”—, el idealista provinciano y la intelectual crítica. El resto de los personajes aparecen sólo como matices y contrapuntos de las opiniones extremas. Este planteamiento casi alegórico de los personajes puede jugar, narrativamente, en contra de la película ya que la consecución ininterrumpida de diálogos obstruye que conozcamos la vida y los deseos de los personajes, lo que puede convertir el visionado de *El árbol* en una experiencia fangosa y aburrida. No obstante, la alegoría se interseca con la forma casi documental de la cinta produciendo un extraño efecto en el espectador, una revelación: el hecho de que los personajes no hablen de sí mismos, sino que todas las conversaciones giren en torno a los espacios, y que esas conversaciones sean registradas por la cámara mientras se llevan a cabo en esos mismo espacios en disputa implica que son los espacios quienes buscan conversar a través de los personajes que los habitan: es su voz la que Rohmer intenta extraer en la cinta, hazaña que conseguirá de forma inesperada.

En *El árbol, el alcalde y la mediateca*, por lo tanto, las conversaciones son la puerta para presenciar un milagro mayor: el hecho de que podamos escuchar a nuestro territorio. Este mecanismo le da una vuelta de tuerca a la escolástica: las palabras ya no son vías hacia Dios ni hacia el hombre mismo, en *El árbol* la materialidad de las palabras es mayor ya que apuntan hacia los lugares. Eso no seculariza la cinta; al contrario, confirma que para el creyente nada, ni la piedra, ni el tronco, es profano.  
(...)

2021 - Samuel Lagunas  
<https://cinedivergente.com/el-arbol-el-alcalde-y-la-mediateca/>

Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios